

Europa muy satisfechos y muy alegres. Los europeos somos los hombres civilizados, y para nosotros los chinos son bárbaros. Pues hé aquí la salvajada que la civilización hizo á la barbarie.

Ante la historia, uno de los dos bandidos se llama Francia y el otro se llama Inglaterra. Pero protesto, y os doy las gracias porque me habeis ofrecido la ocasión de protestar, de que los crímenes de los gobiernos no deben atribuirse á los gobernados; los gobiernos son algunas veces bandidos, pero los pueblos nunca lo son.

El imperio francés se ha embolsado la mitad de la victoria que os acabo de referir, y ostenta hoy con la vanagloria de propietario el espléndido baratillo del Palacio de Verano. Tengo la esperanza de que llegue un día en que la Francia, libre y limpia, devuelva ese botín que robó á la China.

Entre tanto, bueno es hacer constar que existe un robo y dos ladrones.

Tal es la cantidad de aprobación que concedo á la expedición de la China.

VÍCTOR HUGO.

1862

Barbés á Víctor Hugo.—Continuación de la lucha en pro de la inviolabilidad de la vida humana; en Bélgica y en Suiza contra la pena de muerte, en Francia contra la tortura. Charleroi.—Ginebra.—Asunto Doise.—Los Miserables.—Establecimiento de la comida de los niños pobres.

I.

Los condenados de Charleroi.

Algunos periódicos belgas atribuyeron á Víctor Hugo unos versos dirigidos al rey de Bélgica, en los que se pedía el indulto para nueve sentenciados á muerte en Charleroi; con este motivo escribió Víctor Hugo la siguiente carta:

“Hauteville-House 21 Enero 1862.

Vivo en el retiro, sobre todo desde hace dos meses, que un trabajo apremiante me absorbe, hasta el punto de no saber nada de lo que sucede en el mundo.

Hoy me ha traído un amigo muchos periódicos, que contienen preciosos versos, en los que se pide que sean indultados nueve sentenciados á muerte; debajo de esos versos ví mi firma.

No soy el autor de esos versos, pero al que los ha escrito le doy las gracias. Cuando se trata de salvar la vida de algun hombre, consiento que se use y hasta que se abuse de mi firma; inútil me parece añadir que, tratándose de ese asunto, no lo tomo por un abuso. En esta ocasión el fin justifica los medios.

Permitame el autor que le alabe, porque, repito, encuentro magníficos los versos. Además de celebrarlos, deseo que me haga conocer el lamentable suceso de Charleroi.

Me parece que esos versos son un llamamiento, un modo como otro cualquiera de invitarme á que escriba con este

motivo, recordándome los esfuerzos que otras veces hice en circunstancias análogas.

Si es un llamamiento, responderé á él, uniéndome al autor de los versos para ver si conseguimos evitar que caigan nueve cabezas en el patíbulo de Bélgica. El autor de los versos se dirige al rey, pero yo voy á dirigirme á la nación.

El asunto de Hainant es para la Bélgica, bajo el punto de vista del progreso, una de las ocasiones de las que los pueblos salen empequeñecidos ó engrandecidos.

Suplico á la nación belga que elija esto último. De ella depende que la repugnante guillotina no funcione en la plaza pública. Ningun gobierno puede resistir las santas presiones que tienen por objeto la misericordia. Rechazar el patíbulo debe ser la voluntad manifiesta del pueblo. Dícese “que lo que el pueblo quiere lo quiere Dios”. De vosotros, belgas, depende que se diga al revés, esto es: “Lo que Dios quiere lo quiere el pueblo.”

Atravesamos en estos instantes la hora peor del siglo diez y nueve. Aparentemente, de diez años á esta parte ha habido un retroceso de civilización; Venecia arrastra cadenas, la Hungría está agarrotada y á la Polonia la dan tormento; en todas partes se aplica la pena de muerte. La pena de muerte está elevada á la dignidad de *ultima ratio*. Las razas, los partidos se le arrojan á la cabeza, sirviéndose de ella como de una réplica. Los blancos la utilizan contra los

negros y los negros contra los blancos. El gobierno español fusila á los republicanos y el gobierno italiano á los realistas. En Roma se ejecuta á un inocente: el verdadero autor del asesinato se declara asesino y reclama en vano. La Europa se obstina en creer en la pena de muerte; la América se bate por ella. El patíbulo es amigo de la esclavitud, y la sombra de un cadalso se proyecta en la guerra fratricida de los Estados-Unidos.

Jamás la América y la Europa han estado tan paralelas ni se han entendido mejor sobre este punto; todas las cuestiones las dividen, excepto la de matar; solo sobre la pena de muerte están acordes los dos mundos. Esa pena reina; una especie de derecho divino del hacha sale para los católicos romanos del Evangelio y para los protestantes de Virginia de la Biblia.

De semejante situacion debe aprovecharse la Bélgica. El pueblo que es libre debe tener voluntad. La tribuna y la prensa libres constituyen el organismo de la opinion completa. Pues que hable la opinion, porque este es un momento decisivo. En estas circunstancias, si Bélgica rechaza la pena de muerte, puede convertirse bruscamente de pueblo pequeño en nacion directora.

Repito que la ocasion es admirable, porque si se libra de ir al patíbulo á esos nueve criminales, en lo sucesivo ya no se levantará para nadie, y la guillotina dejará de funcionar en el pais libre de la Bélgica.

Seria magnífico que el pueblo pequeño diera esta leccion á los grandes, y que por este hecho fuera más grandioso que los demás; seria magnífico que cuando crecen las tinieblas y se recrudece la barbarie, la Bélgica, apoderándose del papel de gran potencia de la civilizacion, diera de repente al género humano el deslumbramiento de la verdadera luz, proclamando, con las condiciones en que brilla mejor, no á propósito de un disentimiento revolucionario ó religioso ó político, sino á propósito de nueve miserables que no merecen más compasion que la compasion filosófica, la inviolabilidad de la vida humana, haciendo retroceder definitivamente hácia la oscuridad la monstruosa pena de muerte, que tiene la vanagloria de haber hecho dos crucifixiones, la de Jesucristo en el mundo antiguo y la de John Brown en el mundo moderno.

Que piense en esto la generosa Bélgica y no olvide que, cuando la filosofía y la

historia ponen su balanza en una civilizacion, las cabezas cortadas pesan contra el que las corta.

Escribiendo lo que acabo de escribir cumplo con mi deber. Ayudadme y prestadme vuestra publicidad para un asunto de tan doloroso y supremo interés.

VÍCTOR HUGO.,

## II.

Armand Barbés (1) á Víctor Hugo.

Ilustre ciudadano:

El sentenciado de que os ocupais en uno de los volúmenes de los *Miserables* debe pareceros ingrato.

Hace veintitres años que os está agradecido y no os lo ha manifestado aun. Perdonadle, perdonadme.

Cuando estaba en la cárcel, antes de Febrero, muchas veces me hice el ánimo de ir á vuestra casa en cuanto me devolviesen la libertad.

Esos deseos fueron ilusiones de la juventud. Llegó ese día, que me arrojó como una arista de paja rota en el torbellino de 1848.

No pude cumplir lo que tanto deseaba.

Además, perdonadme lo que os voy á decir, ciudadano; la majestad de vuestro génio me ha impedido siempre que os manifestara mi pensamiento.

Estuve orgulloso en la hora del peligro de verme protegido por un rayo de vuestra llama; no podia morir defendiéndome vos.

Siento en el alma no haber podido manifestaros que era digno de que me defendiérais. Pero cada uno tiene su destino, y no eran héroes todos los que salvó Aquiles.

Ahora ya soy viejo y desde hace un año tengo poquísima salud. He creído con frecuencia que iban á estallar mi corazon ó mi cabeza. Pero á pesar de mis sufrimientos me felicito de vivir, porque despues de vuestro nuevo beneficio puedo atreverme á agradeceros el antiguo.

Y ya que he tomado la palabra, os agradezco mil veces, en nombre de nuestra santa causa y en nombre de la Francia, el grandioso libro (2) que acabais de publicar.

Digo que en nombre de la Francia,

(1) En 1839 Barbés fué condenado á muerte. Víctor Hugo pidió en verso á Luis Felipe que le indultase y consiguió el indulto. Las dos cartas que insertamos tratan de este asunto.

(2) Alude á *Los Miserables*.

## III.

„Los Miserables.”

Cuando Víctor Hugo publicó *Los Miserables* fué á Bruselas. Sus editores le ofrecieron un banquete, en el que reunieron á escritores célebres de todos los paises. Víctor Hugo respondió á la salutación de todos ellos con el siguiente discurso:

“Señores:

La emocion que me embarga es inexpressable; si las palabras me faltan, sed indulgentes conmigo.

Si solo tuviese que contestar al honorable burgomaestre de Bruselas, mi tarea seria sencilla; para glorificar á magistrado tan popular y á ciudad tan noblemente hospitalaria solo tendria que decir lo que está en la mente de todos, me bastaria ser un eco; ¿pero cómo dar las gracias á las otras voces elocuentes y cordiales que me han felicitado? Al lado de los reputadísimos editores, á los que se debe la idea fecunda de establecer la librería internacional, veo reunidos publicistas, filósofos, escritores eminentes, que son la honra de las letras y el honor del continente civilizado. Me perturba y me confunde ser el centro de esta fiesta de las inteligencias y tener la honra de que se celebre por mí, que solo soy una conciencia que acepta el deber y un corazon resignado al sacrificio.

Dar las gracias á la ciudad, esto es, á su primer magistrado que la representa, repito que es fácil; pero ¿cómo darlas á todos vosotros, cómo estrechar á la vez todas vuestras manos? Veremos si tambien encuentro un modo fácil. ¿Qué representais, los que aquí estais reunidos, escritores, periodistas, editores, impresores y publicistas? Representais todas las energías de la inteligencia, todas las formas de la publicidad, sois el espíritu, sois el órgano nuevo de la sociedad nueva, sois la prensa. Brindo, pues, por la prensa.

Brindo por la prensa libre, poderosa y fecunda, por la prensa de todos los pueblos.

La prensa es la que ilumina al mundo social, y todo lo que dá luz tiene algo de la Providencia.

El pensamiento es más que un dere-

porque me parece que la patria de Juana de Arco y de la revolucion era la única capaz de dar á luz vuestro corazon y vuestro génio, y vos, hijo predilecto de ella, habeis ceñido en la frente gloriosa de vuestra madre una nueva corona de gloria.

Recibid mi profundo afecto.

A. BARBÉS.

La Haie 10 Julio 1862.

A ARMAND BARBÉS.

Mi hermano de destierro:

Cuando un hombre ha sido como vos el combatiente y el mártir del progreso, y ha sacrificado por la santa causa de la democracia su fortuna, su juventud, su libertad y su derecho á ser feliz; cuando por servir al ideal aceptó todas las formas de la lucha y todas las formas de la prueba, la calumnia, la persecucion, largos años de cárcel, largos años de destierro; cuando su abnegacion le puso bajo la cuchilla de la guillotina; cuando un hombre ha obrado así, todos le deben y él no debe nada á nadie. El que lo ha dado todo al género humano ha solventado su deuda con el individuo.

No os es posible ser ingrato con nadie. Si hace veintitres años no hubiera obrado como obré—por lo que ahora me dais las gracias,—yo hubiera sido el ingrato con vos.

Todo lo que habeis hecho en favor del pueblo lo considero como un servicio personal.

En la época que me recordais no hice más que cumplir con un deber sagrado. Si tuve entonces la dicha de pagaros parte de la deuda universal, aquel minuto no es nada si se le compara con vuestra vida entera, y no por eso los republicanos dejamos de ser vuestros deudores.

Mi recompensa, concediendo que la merezca, la obtuve en la accion que practiqué. Esto no obstante, acepto afectuosamente las nobles palabras que me dedicais y me ha conmovido profundamente vuestra gratitud magnánima.

Me ha emocionado y he encontrado magnífico el rayo que desde vuestra soledad habeis enviado á la mía. Hasta que nos volvamos á ver en el mundo ó en otra parte.

Saludo á vuestra gran alma.

VÍCTOR HUGO.

Hauteville-House 15 Julio 1862.

cho, es el hálito mismo del hombre. El que pone trabas al pensamiento atenta contra el hombre. Hablar, escribir, imprimir, publicar, son en él, bajo el punto de vista del derecho, identidades; son en él círculos de la inteligencia en acción, que se ensanchan sin cesar; son en él las ondas sonoras del pensamiento.

De todos esos círculos, de todas esas irradiaciones del espíritu humano, el mayor es la prensa. El diámetro de la prensa es el mismo diámetro de la civilización.

A cada disminución de la libertad de la prensa corresponde una disminución de civilización; en donde interceptan esta libertad, puede decirse que allí interrumpen la nutrición del género humano. Señores, la misión de nuestra época consiste en cambiar los antiguos asentamientos de la sociedad, en crear el orden verdadero y en sustituir en todas partes las realidades á las ficciones. En el cambio de las bases sociales, que es el colosal trabajo de nuestro siglo, nada resiste á la prensa, si aplica su poder de tracción al catolicismo, al militarismo, al absolutismo, á los bloques de hechos y de ideas más refractarias.

La prensa es la fuerza. Por qué? Porque es la inteligencia. Es el clarín viviente que toca la diana de los pueblos, que anuncia en voz alta el advenimiento del derecho, que saluda á la aurora y que adivina la llegada del día; es la que aconseja al mundo, y alguna vez, cosa extraña, ¡la aconsejada es ella!; es el buho que reprime el canto del gallo.

Por desgracia la prensa está oprimida en algunos países. Pero es esclava? No. Prensa esclava son dos palabras que no pueden casarse. Además, hay dos modos grandiosos de ser esclavos; el de Spartacus y el de Epicteto: el primero rompe las cadenas y el segundo prueba el temple fuerte del alma. Cuando el escritor encadenado no puede recurrir al primero, acude al segundo.

No hay medio de esclavizar al espíritu, obren como quieran los déspotas, y pongo por testimonio vuestra opinión, hombres libres que me escucháis, que así lo habeis afirmado, Pelletan, y otros muchos de los que me oís, y no solo lo habeis afirmado, sino que lo habeis probado con vuestro generoso ejemplo.

No hay salvación en nuestro siglo sin la libertad de imprenta: debemos resolver las cuestiones inminentes que se nos presentan, cuestiones que son inevitables y que no tienen término medio. La socie-

dad navega irresistiblemente hácia ellas. Esas cuestiones son la base del libro doloroso, del que tan magníficamente os habeis ocupado. Hay que resolver los problemas del pauperismo, del parasitismo, de la producción y repartición de la riqueza, de la moneda, del crédito, del trabajo, del salario, de la extinción del proletariado, de la disminución progresiva de la penalidad, de la miseria, de la prostitución, del derecho de la mujer, del derecho del niño y de la enseñanza gratuita y obligatoria. La prensa libre alumbrá todos esos problemas y su claridad los hace practicables, enseña sus precipicios y sus salidas, se les puede abordar y penetrar en ellos. Cuando se resuelvan, salvarán al mundo. Sin el auxilio de la prensa, esos problemas permanecerían en la oscuridad; siendo temibles, solo se verían sus escarpaduras, y no pudiendo penetrar en ellos, la sociedad podría zozobrar. Si se apaga el faro, el puerto se convierte en escollo.

Con la prensa libre no es posible que yerre, que vacile, ni que ande á tientas la humanidad. En las encrucijadas de los problemas sociales, la prensa sirve de dedo indicador. Id hácia el ideal, id hácia la justicia y hácia la verdad; pero no basta ir; es preciso que vayais delante. En qué sentido caminais? En esto estriba toda la cuestión. Simular el movimiento no es realizar el progreso; marcar el paso sin avanzar, es el papel que solo debe representar la obediencia pasiva. Es preciso proponeros un fin, saber á dónde vamos, hacer un esfuerzo proporcionado con el resultado; que cada paso que demos lo dirija una idea, y que unos pasos se encadenen lógicamente con los otros; que detrás de la idea venga la solución y detrás del derecho la victoria. No demos nunca un paso hácia atrás. No estemos nunca indecisos; querer y no querer es cosa miserable; el que vacila y retrocede no piensa. Yo no admito la política sin cabeza, ni la Italia sin Roma. Ya que he pronunciado la palabra Roma, permitidme que me interrumpa para dirigir un instante los ojos y el pensamiento hácia el bravo héroe que yace ahora en el lecho del dolor. Ciertamente que tiene motivos para envanecerse, ya que la gloria y el honor combaten con él. Pero lo incomprensible y doloroso es que en la noble é ilustre Italia puedan encontrarse hombres que levanten las espadas contra él. ¿Esos italianos no ven que es un romano?

Esos hombres creen que la Italia es

victoriosa y no se apérciben de que está decapitada. En esta sombría aventura, la historia retrocederá con indignación ante la repugnante victoria que consiste en matar á Garibaldi para no poseer á Roma.

Dicho esto, pasaré adelante.

La prensa es el auxiliar del patriota y el espantajo del cobarde y del traidor; porque hay muchos que la odian, debemos nosotros amarla.

La denuncian, la insultan y la injurian todas las iniquidades, todas las supersticiones y todos los fanatismos. Recuerdo una encíclica célebre, que contiene algunas palabras notables, que he conservado en la memoria. En ella un Papa contemporáneo, Gregorio XVI, enemigo de su siglo, lo que no es extraño en los Papas, teniendo siempre en el pensamiento el antiguo dragón y la bestia del Apocalipsis, calificaba de este modo á la prensa: *Gula ignea, caligo, impetus immanis cum strepitu horrendo*. No contradigo nada de eso, porque la retrata bien. Boca de fuego y humo, de rapidez prodigiosa, de ruido formidable. Sí, la prensa es la locomotora que pasa, la inmensa y santa locomotora del progreso.

A dónde vá? ¿A dónde arrastra á la civilización? ¿Su poder remolcador á dónde conduce á los pueblos? El túnel es largo, oscuro y terrible. Porque puede decirse que aun la humanidad se ha quedado en tierra, aun la materia la oscurece, y la estrella, aun las supersticiones, las preocupaciones y las tiranías forman una bóveda espesa encima de ella. Desde que el hombre existe, su historia en el mundo es subterránea y no ha apércibido hasta ahora por ninguna parte la claridad de la luz. Pero en el siglo diez y nueve, después de la revolución francesa, no solo tiene la esperanza, sino también la certidumbre de que la gozará. En lontananza aparece ya un punto luminoso, que vá agrandándose más cada momento; es el porvenir, es el fin de las miserias, es el alba de las alegrías, es Canaán, es la tierra futura, en la que solo tendremos hermanos y en la que gozaremos de la espléndida claridad del sol. Que corra la locomotora sagrada del pensamiento, de la ciencia, de la filosofía y de la prensa, que ya se acerca la hora en que la humanidad, saliendo al fin del oscuro y largo túnel de seis mil años, se encuentre bruscamente deslumbrada ante el sol del ideal.

Permitid, señores, que os diga una pa-

labra para concluir y que esta palabra se refiera á mi personalidad.

Es para mí una dicha encontrarme entre vosotros, y doy gracias á Dios por haberme concedido en mi vida grave esta hora sonriente y deliciosa. Mañana volveré á mi retiro; pero os he visto, os he hablado, os he oído, os he estrechado las manos, y llevo este grato recuerdo á mi soledad.

Mis amigos de Francia, y los otros amigos míos que aquí están reunidos, encontrarán natural que dedique á aquellos mis últimas palabras y que diga que hace once años visteis salir de París á un hombre casi joven y que ahora os habeis encontrado casi con un viejo. Mis cabellos han encanecido, pero mi corazón conserva la savia de la juventud. Os agradezco en el alma que os hayais acordado del ausente y que hayais acudido aquí. Acoged mi profundo agradecimiento, que deseo que también acojan los más jóvenes que me rodean, cuyos nombres conocía y apreciaba, pero cuyas personas veo hoy por primera vez. Parece que entre vosotros estoy respirando el aire natal; parece que cada uno de vosotros haya traído consigo algo de la Francia; parece que veo salir de todas vuestras almas, agrupadas á mi alrededor, algo augusto semejante á la luz, y que es la sonrisa de la patria.

Brindo por el poder, por la gloria y por la eficacia de la prensa; por que sea libre en Bélgica, en Alemania, en Suiza, en Italia, en España, en Inglaterra, en América y en todas partes.

Bruselas 16 Setiembre 1862..”

#### IV.

##### El banquete de los niños.

AL EDITOR CASTEL.

Apreciable amigo Castel:

La casualidad hizo que cayeran en vuestras manos unos ensayos de dibujos que yo tracé casi inconscientemente mientras escribía, con la tinta que quedaba en la pluma, en los márgenes ó en las cubiertas de mis manuscritos. Deseais publicar esos dibujos; el excelente grabador Paul Chenay se ofrece á hacer los facsímiles y vos me pedís el consentimiento. Por mucho que sea el talento artístico de Paul Chenay, esos rasgos de

pluma, puestos de cualquier modo en el papel por un hombre que se dedica á otras ocupaciones, temo que parezcan pretensiosos; pero como veo vuestra insistencia en publicarlos, os doy mi permiso. Para que mi consentimiento no se crea quizás ridículo, voy á explicar por qué os lo concedo.

Hace algun tiempo establecí en mi casa de Guernesey una reducida institucion de fraternidad práctica, que quisiera extender y propagar. Hasta ahora es tan insignificante, que bien puedo ocuparme de ella. Consiste en dar una comida semanal á niños indigentes. Todas las semanas, las madres pobres me hacen el honor de traer á sus niños á comer en mi casa. Empecé teniendo ocho, despues quince y ahora tengo veintidos (1). Estos niños comen juntos y confundidos, católicos y protestantes, ingleses, franceses é irlandeses, sin distincion de religion ni de nacionalidad. Los reuno para que jueguen y para que se diviertan, y les digo: "Estais libres y podeis hacer lo que querais.". Empiezan y acaban de comer dando sencillamente las gracias á Dios, sin sujetarse á ninguna forma religiosa, y les servimos la comida mi mujer, mi cuñada, mi hija, mis hijos, mis criados y yo. Comen carne y beben vino. Despues que juegan se van á la escuela. No solo sacerdotes católicos, sino ministros protestantes, libre-pensadores y demócratas proscritos vienen algunas veces á presenciar estas humildes comidas y ninguno se vá descontento.

Me parece que he dicho ya bastante para dejar comprender que me anima la idea de introducir las familias pobres en familias menos pobres, y esta idea me parece excelente si la fecundan hombres mejores que yo, y sobre todo si la prohijan las mujeres; la creo practicable y á propósito para producir buenos frutos, y me ocupo de ella con el objeto de que la imiten los que puedan. Esta no es la idea de la limosna, es la idea de la fraternidad. La penetracion de las familias indigentes en las nuestras nos es tambien provechosa; es como un principio de solidaridad; pone en accion y en movimiento la santa fórmula democrática Libertad, Igualdad y Fraternidad; es comulgar con nuestros hermanos más necesitados. Aprendemos á servirles y ellos aprenden á querernos.

Pensando en la institucion infantil

(1) Más tarde el número llegó á cuarenta.

que he fundado, creo que puedo hacer el sacrificio del amor propio y autorizar la publicacion que deseais. Lo que produzca la publicacion contribuirá á formar la lista civil de los niños indigentes. Se acerca el invierno y me complaceria poder vestir á los que van casi desnudos y dar zapatos á los que van descalzos. La publicacion de los dibujos me ayudará á esto. El empleo del producto de la publicacion me absuelve de daros el consentimiento. Confieso que nunca creia que mis dibujos, como os dignais llamarles, pudiesen atraer la atencion de un editor tan inteligente y de un artista tan notable como Paul Chenay; pero ya que así ha sucedido, cúmplase vuestra voluntad; ya se defenderán como puedan ante el público, para el que no fueron trazados, ya que la crítica tendrá en lo sucesivo sobre ellos un derecho que me hace estremecer; pero me consuela que á mis niños indigentes les parecerán muy bonitos.

Publicad, pues, esos dibujos. Os deseo feliz éxito.

VÍCTOR HUGO.

Hauteville-House 5 Octubre 1862.

## V.

### Ginebra y la pena de muerte.

En 1862, al revisar la Constitucion la República de Ginebra, se votó la pena de muerte, y la primera votacion resultó favorable al mantenimiento del patíbulo; pero esta decision no era definitiva; faltaba verificar la segunda votacion: antes de realizarse ésta los republicanos progresistas de Ginebra pensaron buscar el apoyo de Víctor Hugo, y M. Bost, miembro de la Iglesia reformada y autor de muchas obras apreciables, le escribió una carta, que terminaba con estos últimos párrafos:

"Vuestro apoyo en esta cuestion nos daria gran fuerza si empleárais vuestra elocuencia en defender tan noble causa: ya sabeis que no se trata de una cuestion cantonal ó federal, sino de una cuestion social y humanitaria, en la que todas las intervenciones son legítimas. En las grandes cuestiones deben intervenir los grandes hombres, debe esclarecerlas el génio, y seria para nosotros inmensa ayuda la fuerza que saliera de esas rocas, á las que se vuelven todas las miradas."

Víctor Hugo contestó lo que sigue:

"Apreciable señor Bost: Para una obra útil necesitais ayuda y os dirigis á mí; os doy las gracias; me llamais y acudo. Aquí estoy.

Ginebra está en la víspera de una de las crisis normales, que en las naciones, como en los individuos, marcan el cambio de edad. Vais á revisar vuestra Constitucion. Os gobernais por vosotros mismos, sois hombres libres y habeis constituido una República. Vais á practicar un acto considerable, vais á rehacer vuestro pacto social, á examinar dónde os encontráis en cuanto al progreso y á la civilizacion. Y al deliberar, entre todas las cuestiones habeis puesto á la órden del dia la más grave, la de la inviolabilidad de la vida humana.

Se trata de la pena de muerte, que es la sombría roca de Sísifo. ¿Cuándo cesará de rodar y de caer sobre la sociedad humana la roca de odio, de tiranía, de ignorancia y de injusticia que se llama penalidad? ¿Cuándo á la palabra pena sustituirá la palabra enseñanza? ¿Cuándo se comprenderá que el culpable es un ignorante? Nuestro Código casi se reduce á imponer la pena del Talion, ojo por ojo, diente por diente, mal por mal. ¿Cuándo la venganza renunciará á tomar esa revancha que llama vindicta? Cree que nos engaña? Lo mismo que la felonía cuando se llama razon de Estado; lo mismo que el fratricidio cuando se pone las charreteras y se llama guerra. En vano De Maistre se disfraza de Dracon; la retórica sangrienta pierde el tiempo, no consigue desfigurar la deformidad que oculta; lo injusto permanece siendo injusto y lo horrible horrible. Hay palabras que son mascarillas, pero al través de su agujero se percibe la sombría claridad del mal.

¿Cuándo llegará el dia en que la ley se ajuste al derecho? ¿Cuándo la justicia humana tomará por norma la justicia divina? ¿Cuándo los que leen la Biblia comprenderán la vida de Caín y los que leen el Evangelio el suplicio de Jesús? ¿Cuándo escucharán la voz viva que en la inmensidad exclama, al través de las tinieblas: *No matarás?* ¿Cuándo los que están bajo, jueces, sacerdotes, pueblos y reyes, conocerán que hay uno encima de ellos? En todas las partes domina la fuerza, en ninguna el derecho; se ven repúblicas con esclavos, monarquías con soldados, sociedades con verdugos.

Ahora se presenta una ocasion en la que el progreso puede dar un paso. Gi-

nebra vá á deliberar sobre la pena de muerte. Por este motivo me escribís, para que intervenga, tomando parte en la discusion. Temo que os equivoqueis respecto á la eficacia que atribuíis á una pobre palabra aislada como la mia. ¿Quién soy y qué puedo conseguir? Hace ya muchos años, desde 1828, que lucho con mis débiles fuerzas contra la monstruosa pena de muerte, casi inútilmente. La pena de muerte solo ha cedido un poco, la ha avergonzado la ilustracion de París, ha perdido su aplomo, pero nada más; expulsada de la Grève, ha reaparecido en la barrera de San Jacobo; expulsada de la barrera de San Jacobo, ha reaparecido en la Roquette. Retrocede, pero no se vá.

Ya que reclamais mi concurso, os lo prestaré; pero no os hagais ilusiones respecto á mi influencia, si llega el caso de conseguir lo que os proponeis. Repito que hace treinta años que me empeño en que desaparezca el patíbulo de la plaza pública. He tratado de revolucionar la conciencia universal; he combatido en conjunto y en detalle la penalidad desmesurada y ciega que mata; ya tratándola en tésis general, ya proponiéndome alcanzar y derribar el hecho en su mismo principio y en general, ya limitándome á un caso particular y proponiéndome por único objeto salvar la vida de un hombre. Lo he conseguido algunas veces, pero las más de ellas no pude conseguirlo; otros muchísimos autores notables se han consagrado á la misma tarea, y apenas hace diez meses, la generosa prensa belga, ayudando enérgicamente á mi intervencion, consiguió salvar la vida á siete de los nueve sentenciados de Charleroi.

Los escritores del siglo diez y ocho destruyeron la tortura, y yo no dudo que los escritores del siglo diez y nueve destruirán la pena de muerte. Han hecho suprimir en Francia ya el cortar la mano y el castigar con el hierro candente; han suspendido tambien la muerte civil y han podido establecer el admirable expediente provisional de las circunstancias atenuantes. Las circunstancias atenuantes son, en efecto, el principio de la abolicion.

Comprendo que ésta vendrá lentamente, que no se realizará en seguida, pero por eso no debemos descorazonarnos. Nuestros esfuerzos en detalle no son siempre inútiles. Acabo de recordaros el hecho de Charleroi, y os voy á recordar otro.